

GACETA DEL ÁNGEL

GERMÁN DEHESA

Un grito un poco fa



Los hechos que aquí conocerás, caro lector, ocurrieron no ha mucho durante la noche que va del 15 al 16 de Septiembre de este año. Jamás había yo asistido “desde dentro” a una ceremonia del Grito de Independencia. Algunas veces fui invitado por Presidentes que me caían bastante espeso y ni modo de mentarles la madre por la mañana y en la noche acudir tan orondo a comerme sus papitas y a brindar con su tequila. Veces hubo (escasas) en las que un Presidente me caía bien, digamos, por ejemplo, Zedillo, pero a éste ni de fingido se le ocurrió invitarme a Palacio. Así han pasado los años y por fin se ha cumplido mi cívico sueño de ver todo el intríngulis de lo que ocurre del lado de acá de la historiada campana. Como ha solido suceder en mi vida, fue la voluntad femenina la que me colocó en una posición de tanto privilegio. Yo le externé a Josefina, mi viuda alegre, mi largo sueño de asistir al Grito, pero ya no con la alharaquienta gleba que se da cita en el Zócalo y calles aledañas, los de abajo, sino, por variar alguna vez, con los de arriba. Josefina me oyó con esa actitud que me dispensa siem-

pre de oírme como quien oye a un orate; hasta llegué a pensar que no me estaba pelando. ¡Cuál no sería mi sorpresa cuando vine a descubrir que me había escuchado con atención y detenimiento. Así me lo hizo saber Margarita Zavala, mi particular Corregidora de Querétaro, cuando me habló y me comentó que, por los buenos oficios de Josefina, Margarita sabía de mi interés por asistir al Grito. Fue como una aparición angelical. En menos de tres minutos, ya estaban resueltos todos los detalles de mi visita de Estado a nuestro Palacio Nacional.

Llegó el día, o más bien la noche esperada. Se trató, lo recordarán, de una noche perra con mucha lluvia, con viento y con frío. No va a venir nadie, pensé, hasta que me asomé al balcón hacia las 8:40 de la noche y mis ojos fueron súbitamente invadidos por la turbamulta de mis rugientes paisanos. Ya sé que somos monotoneros y mitoteros, pero en este tumulto del Zócalo había algo más que puede designarse con la palabra patriotismo; aunque sea primario y atávico y quizá poco consciente, pero era inequívocamente patriotismo renovadamente listo para apergollar gachupines y tomar alhóndigas. Así de fie-

ro (como yo), así con niños de brazos hechos tamal y con gorrito de pompón, así quiero a mi raza. Urge que nos eduquemos, pero, por lo pronto, así somos. Dibodo.

Mientras tanto, allá arriba, los escogidos invitados comenzábamos a aburrirnos de la larga espera y a sentir que los pies nos hacían como teléfono ocupado. Discretamente y mientras escuchaba las disertaciones de “El Hijo del Santo”, me recargué en una puerta que cinco minutos después se abrió violentamente y yo por nada y caigo en brazos de un heroico cadete del Colegio Militar. Estos cadetes atravesaron minuciosamente el salón, salieron y pronto regresaron con una hermosa bandera mexicana. Volvieron a salir. En unos minutos regresaron ya con Margarita, que parecía una reina y el Presidente de México que empuñaba la Bandera. Con ella se trasladó al balcón principal, dio bien entonado el Grito, regresó al lado de su esposa y volvieron a desaparecer. Por razones de espacio, mañana continuaremos.

**¿QUÉ TAL DURMIÓ?
MDCXXX (1630)
MONTIEL.**

Cualquier correspondencia con esta columna que grita, favor de dirigirla a dehesagerman@gmail.com (D.R.)

